

SIGNOS DE LA SEMANA SANTA

RAMOS

Los ramos y las palmas son portadores de tantas evocaciones bíblicas! En los evangelios, Jesús nos habla frecuentemente de semilla, de árboles, de vid y de sarmientos. Llevar los ramos en las manos durante la procesión, significa que queremos aclamar al Hijo de David en su encuentro con pueblo, por la Eucaristía, "Hossana en lo más alto del cielo!. Los ramos pueden significar que no somos esa higuera estéril que no llevaba fruto, o bien que la Cuaresma nos ha permitido volver a la vida y que hemos beneficiado de la paciencia divina (Lc 13, 8-9)

Del latín: -palmae- que significa palma de la mano y hoja de la palmera, que usan ya los romanos como símbolo de victoria. Los pueblos que coinciden en asignarle altos valores a este símbolo ya que han desarrollado en torno a ella diversos ritos. Recordemos, empezando por lo más próximo, cómo es tradición entre nosotros colgar en los balcones los ramos bendecidos el Domingo de Ramos para que protegiesen la casa durante todo el año.

Los ramos no son algo así como un talismán, ni un simple objeto bendito, sino el signo de la participación gozosa en el rito procesional, expresión de la fe de la Iglesia en Cristo, Mesías y Señor, que va hacia la muerte para la salvación de todos los hombres. Por eso, este domingo tiene un doble carácter, de gloria y de sufrimiento, que es lo propio del Misterio Pascual

La liturgia de las palmas anticipa en este domingo, llamado pascua florida, el triunfo de la resurrección; mientras que la lectura de la Pasión nos invita a entrar conscientemente en la Semana Santa de la Pasión gloriosa y amorosa de Cristo el Señor.

Comienza la Semana Santa y recordamos la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén. Escribe San Lucas. «Al acercarse a Betfagé y a Betania, junto al monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos diciéndoles: "Vayan al caserío que está frente a ustedes. Al entrar, encontrarán atado un burrito que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganlo aquí. Si alguien les pregunta por qué lo desatan, díganle: el Señor lo necesita". Fueron y encontraron todo como el Señor les había dicho».

Cristo: nuestra esperanza:

Nuestra comunidad quiere ser el signo de esta esperanza. Los cristianos saben que son convocados, llamados por Dios para recibir de El esta felicidad:

"Vengan a mí, dice Cristo, y yo los aliviaré" (Mt 11,28)

El llama porque ama: Y lo creemos. ¿Estaríamos aquí, si no percibiéramos, más o menos, confusamente dentro de nosotros, ese llamado a ser amados... llevados...

sostenidos? El corazón humano, solo, está inquieto, la Iglesia le da a Cristo como Esperanza.

Cristo: nuestra vida:

La Iglesia, delante de nosotros, va a bendecir estos ramos... Proclama así solemnemente:

Estos ramos son bonitos y verdes... son ramos de palmas o de olivos que no mueren en invierno, evocan la vida, la savia que circula para dar vida a lo que parecía muerto.

Los bendigo... para que les haga pensar en Cristo que nos dice: "Yo soy la Vida, y doy mi vida para la salvación del mundo..." "He venido para que tengan la Vida y la tengan en abundancia..." (Jn 10,10; 12,47)

Y la Iglesia sabe que esta Vida es esparcida por todo el mundo. La reconoce en el pequeño gesto cotidiano, en el pan y el amor compartidos, en la preocupación por escuchar al otro, la fuerza que perdona, el servicio que se presta... etc...

La reconoce en las iniciativas... en los encuentros... en nuestra Asamblea.

Esta Vida es desbordante porque Cristo la dio, en el día de la Cruz, a fin de que el mundo sea, por ella, renovado. El relato que vamos a escuchar pronto no recordará las etapas... y el precio.

Si los cristianos llevan ramos en sus manos, si los colocan en su crucifijo o en la tumba de sus muertos, ¿no proclaman así por ese gesto su fe?

"Jesús está vivo, hace vivir el mundo". Y si ustedes guardan estos ramos, ¿no es porque guardan la esperanza de un futuro más justo y siempre nuevo?

Ustedes van a llevar estos ramos a sus familiares o amigos. Hacen más que prestar un servicio... les llevan un mensaje de esperanza y de vida.

Les comunican a ellos que Jesús resucitado está con ellos, siempre, para su felicidad.

PAN Y VINO

Son los elementos naturales que Jesús toma para que no sólo simbolicen sino que se conviertan en su Cuerpo y su Sangre y lo hagan presente en el sacramento de la Eucaristía.

Jesús los asume en el contexto de la cena pascual, donde el pan ázimo de la pascua judía que celebraban con sus apóstoles hacía referencia a esa noche en Egipto en que no había tiempo para que la levadura hiciera su proceso en la masa (Ex 12,8).

El vino es la nueva sangre del Cordero sin defectos que, puesta en la puerta de las casas, había evitado a los israelitas que sus hijos murieran al paso de Dios (Ex 12,5-7). Cristo, el Cordero de Dios (Jn 1,29), al que tanto se refiere el Apocalipsis, nos salva definitivamente de la muerte por su sangre derramada en la cruz.

Los símbolos del pan y el vino son propios del Jueves Santo en el que, durante la Misa vespertina de la Cena del Señor, celebramos la institución de la Eucaristía, de la que encontramos alusiones y alegorías a lo largo de toda la Escritura.

Pero como esta celebración vespertina es el pórtico del Triduo Pascual, que comienza el Viernes Santo, es necesario destacar que la Eucaristía de ese Jueves Santo, celebrada por Jesús sobre la mesa-altar del Cenáculo, era el anticipo de su Cuerpo y su Sangre ofrecidos a la humanidad en el "cáliz" de la cruz, sobre el "altar" del mundo.

San Pablo completa el relato recordando a todas las comunidades cristianas lo que él mismo recibió: que aquella memorable noche la entrega de Cristo llegó a hacerse sacramento permanente en un pan y en un vino que convierten en alimento su Cuerpo y Sangre para todos los que quieran recordarle y esperar su venida al final de los tiempos, quedando instituida la Eucaristía.

La Santa Misa es entonces la celebración de la **Cena del Señor** en la cuál Jesús, un día como hoy, la víspera de su pasión, "mientras cenaba con sus discípulos tomó pan..." (Mt 28, 26).

Él quiso que, como en su última Cena, sus discípulos nos reuniéramos y nos acordáramos de Él bendiciendo el pan y el vino: "Hagan esto en memoria mía" (Lc 22,19).

Antes de ser entregado, Cristo se entrega como alimento. Sin embargo, en esa Cena, el Señor Jesús celebra su muerte: lo que hizo, lo hizo como anuncio profético y ofrecimiento anticipado y real de su muerte antes de su Pasión. Por eso "cuando comemos de ese pan y bebemos de esa copa, proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva" (1 Cor 11, 26).

De aquí que podamos decir que la Eucaristía es memorial no tanto de la Última Cena, sino de la Muerte de Cristo que es Señor, y "Señor de la Muerte", es decir, el Resucitado cuyo regreso esperamos según lo prometió Él mismo en su despedida: " un poco y ya no me veréis y otro poco y me volveréis a ver" (Jn 16,16).

JARRA Y TOALLA

Jesús lava los pies a sus discípulos.

1. Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para que pasase de este mundo al Padre, como amaba a los suyos, los que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.
2. Y mientras cenaban, cuando el diablo había ya puesto en el corazón de Judas, el Iscariote, hijo de Simón, el entregarlo,
3. sabiendo que su Padre todo se lo había dado a Él en las manos, que había venido de Dios y que a Dios volvía,
4. se levantó de la mesa, se quitó sus vestidos, y se ceñó un lienzo.
5. Luego, habiendo echado agua en un lebrillo, se puso a lavar los pies de sus discípulos y a enjuagarlos con el lienzo con que estaba ceñido.
6. Llegando a Simón Pedro, éste le dijo: "Señor, ¿Tú lavarame a mí los pies?"
7. Jesús le respondió: "Lo que Yo hago, no puedes comprenderlo ahora, pero lo comprenderás después".
8. Pedro le dijo: "No, jamás me lavarás Tú los pies". Jesús le respondió. "Si Yo no te lavo, no tendrás nada de común conmigo".
9. Simón Pedro le dijo: "Entonces, Señor, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza".
10. Jesús le dijo: "Quien está bañado, no necesita lavarse (más que los pies), porque está todo limpio. Y vosotros estáis limpios, pero no todos".
11. El sabía, en efecto, quién lo iba a entregar; por eso dijo: "No todos estáis limpios".
12. Después de lavarles los pies, tomó sus vestidos, se puso de nuevo a la mesa y les dijo: "¿Comprendéis lo que os he hecho?"
13. Vosotros me decís: "Maestro" y "Señor", y decís bien, porque lo soy.
14. Si, pues, Yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis unos a otros lavaros los pies,
15. porque os he dado el ejemplo, para que hagáis como Yo os he hecho.

El **Evanglio de San Juan** es el único que nos relata este gesto simbólico de Jesús en la Última Cena y anticipa el sentido más profundo del "sinsentido" de la cruz.

Un gesto inusual para un Maestro, propio de los esclavos, se convierte en la síntesis de su mensajero a los apóstoles una clave de lectura para enfrentar lo que vendrá.

En una sociedad donde las actitudes defensivas y las expresiones de autonomía se multiplican, Jesús humilla nuestra soberbia y nos dice que abrazar la cruz, su cruz, hoy, es ponerse al servicio de los demás. Es la grandeza de los que saben hacerse pequeños, la muerte que conduce a la vida.

CORAZON

El Jueves Santo, el día del Amor que nos salva, es una incontenible llamada a que ese Amor fructifique en nosotros, y así renueve nuestra sociedad.

En el día del amor fraterno es Dios mismo quien se entrega a nuestra pobreza, y por eso, 1Juan 4:7-8: 7 Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. 8 El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.

El amor tiene un origen divino y eso es lo que nos constriñe a manifestarlo. **Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero**, es decir, que nadie entenderá el concepto del amor si antes no conoce a Dios.

El amor es el máximo sentimiento; Pablo dice que **acabarán la ciencia y la profecía, cesarán las lenguas, pero el amor nunca dejará de ser** (1Cor 13:8). Pero el mundo no lo sabe, porque confunde el **amor** con atracción, emoción, seducción, enamoramiento, celos, fiebre, excitación, sexualidad, pasión, emociones todas que no están conectadas con el **amor, que es de Dios**.

El que ama, compadece, disculpa, apoya, condesciende, perdona y olvida; en cambio el que no ama, vive enfadado, resentido, triste y amargado. Siempre es más sencillo amar, pero como no nos fue enseñado como concepto, ha sido preciso abrir la Biblia para aprender y poder actuar el amor.

Hoy, como cristianos, conociendo al que **nos amó primero** y entendiendo su Palabra, no hay excusa para confundir el amor con ningún otro sentimiento.

PRÓJIMO.- Es cualquier individuo nacido en este planeta, hombre o mujer, sea incrédulo o creyente, por cuanto todos somos sujetos de redención, a quien por causa de ser un semejante, se nos está ordenado expresarle nuestro amor.

FORMA DE AMARLE.- Dice el mandamiento: como a ti mismo. Dios, que bien nos conoce, sabe que nos amamos mucho a nosotros mismos y ordena que de la misma manera, amemos a todos los que nos rodean sin distinción. Y Dios no sugiere, nos ordena y manda: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La ley y cualquier otro mandamiento están sintetizados en ese precepto

CRUZ Y CLAVOS

1. La cruz

La cruz fue, en la época de Jesús, el instrumento de muerte más humillante. Por eso, la imagen del Cristo crucificado se convierte en *"escándalo para los judíos y locura para los paganos"* (1 Cor 1,23). Debió pasar mucho tiempo para que los cristianos se identificaran con ese símbolo y lo asumieran como instrumento de salvación, entronizado en los templos y presidiendo las casas y habitaciones sólo, pendiendo del cuello como expresión de fe.

Esto lo demuestran las pinturas catacumbales de los primeros siglos, donde los cristianos, perseguidos por su fe, representaron a Cristo como el Buen Pastor por el cual *"no temeré ningún mal"* (Sal 22,4); o bien hacen referencia a la resurrección en imágenes bíblicas como Jonás saliendo del pez después de tres días; o bien ilustran los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía, anticipo y alimento de vida eterna. La cruz aparece sólo velada, en los cortes de los panes eucarísticos o en el ancla invertida.

Podríamos pensar que la cruz era ya la que ellos estaban soportando, en los travesaños de la inseguridad y la persecución. Sin embargo, Jesús nos invita a seguirlo negándonos a nosotros mismos y tomando nuestra cruz cada día (cf Mt 10,38; Mc 8,34; Lc 9,23).

Expresión de ese martirio cotidiano son las cosas que más nos cuestan y nos duelen, pero que pueden ser iluminadas y vividas de otra manera precisamente desde Su cruz.

Sólo así la cruz ya no es un instrumento de muerte sino de vida y al "por qué a mi" expresado como protesta ante cada experiencia dolorosa, lo reemplazamos por el "quién soy yo" de quien se siente demasiado pequeño e indigno para poder participar de la Cruz de Cristo, incluso en las pequeñas "astillas" cotidianas.

2. La corona de espinas, el látigo, los clavos, la lanza, la caña con vinagre...

Estos "accesorios" de la Pasión muchas veces aparecen gráficamente apoyados o superpuestos a la cruz.

Son la expresión de todos los sufrimientos que, como piezas de un rompecabezas, conformaron el mosaico de la Pasión de Jesús.

Ellos materialmente nos recuerdan otros signos o elementos igualmente dolorosos: el abandono de los apóstoles y discípulos, las burlas, los salivazos, la desnudez, los empujones, el aparente silencio de Dios.

La Pasión revistió los tres niveles de dolor que todo ser humano puede soportar: físico, psicológico y espiritual. A todos ellos Jesús respondió perdonando y abandonándose en las manos del Padre.

CIRIO - AGUA

Entre todos los simbolismos derivados de la luz y del fuego, el cirio pascual es la expresión más fuerte, porque los reúne a ambos.

El cirio pascual representa a Cristo resucitado, vencedor de las tinieblas y de la muerte, sol que no tiene ocaso. Se enciende con fuego nuevo, producido en completa oscuridad, porque en Pascua todo se renueva: de él se encienden todas las demás luces.

Las características de la luz son descritas en el exultet y forman una unidad indisoluble con el anuncio de la liberación pascual. El encender el cirio es, pues, un memorial de la Pascua. Durante todo el tiempo pascual el cirio estará encendido para indicar la presencia del Resucitado entre los suyos. Toda otra luz que arda con luz natural tendrá un simbolismo derivado, al menos en parte, del cirio pascual

Desde siempre, la luz existe en estrecha relación con la oscuridad: en la historia personal o social, una época sombría va seguida de una época luminosa; en la naturaleza es de las oscuridades de la tierra de donde brota a la luz la nueva planta, así como a la noche le sucede el día.

La luz también se asocia al conocimiento, al tomar conciencia de algo nuevo, frente a la oscuridad de la ignorancia. Y porque sin luz no podríamos vivir, la luz, desde siempre, pero sobre todo en las Escrituras, simboliza la vida, la salvación, que es Él mismo (Sal 27,1; Is 60, 19-20).

La luz de Dios es una luz en el camino de los hombres (Sal 119, 105), así como su Palabra (Is 2,3-5). El Mesías trae también la luz y Él mismo es luz (Is 42,6; Lc 2,32).

Las tinieblas, entonces, son símbolo del mal, la desgracia, el castigo, la perdición y la muerte (Job 18, 6. 18; Am 5. 18). Pero es Dios quien penetra y disipa las tinieblas (Is 60, 1-2) y llama a los hombres a la luz (Is 42,7).

Jesús es la luz del mundo (Jn 8, 12; 9,5) y, por ello, sus discípulos también deben serlo para los demás (Mt 5,14), convirtiéndose en reflejos de la luz de Cristo (2 Cor 4,6). Una conducta inspirada en el amor es el signo de que se está en la luz (1 Jn 2,8-11).

Durante la primera parte de la Vigilia Pascual, llamada "lucernario", la fuente de luz es el fuego. Este, además de iluminar quema y, al quemar, purifica. Como el sol por sus rayos, el fuego simboliza la acción fecundante, purificadora e iluminadora. Por eso, en la liturgia, los simbolismos de la luz-llama e iluminar-arder se encuentran casi siempre juntos.

El agua bautismal

Si bien el rito del Bautismo está todo él repleto de símbolos, el agua es el elemento central, el símbolo por excelencia.

En casi todas las religiones y culturas, el agua posee un doble significado: es fuente de vida y medio de purificación.

En las Escrituras, encontramos las aguas de la Creación sobre las que se cernía el Espíritu de Dios (Gn 1,2). El agua es vida en el riego, en la savia, en el líquido amniótico que nos envuelve antes de nacer.

En el diluvio universal las aguas torrenciales purifican la faz de la tierra y dan lugar a la nueva creación a partir de Noé.

En el desierto, los pozos y los manantiales se ofrecen a los nómades como fuente de alegría y de asombro. Cerca de ellos tienen lugar los encuentros sociales y sagrados, se preparan los matrimonios, etc.

Los ríos son fuentes de fertilización de origen divino; las lluvias y el rocío aportan su fecundidad como benevolencia de Dios. Sin el agua el nómada sería inmediatamente condenado a muerte y quemado por el sol palestino. Por eso se pide el agua en la oración.

Yahvé se compara con una lluvia de primavera (Os 6,3), al rocío que hace crecer las flores (Os 14,6). El justo es semejante al árbol plantado a los bordes de las aguas que corren (Nm 24,6); el agua es signo de bendición.

Según Jeremías (2, 13), el pueblo de Israel, al ser infiel, olvida a Yahvé como fuente de agua viva, queriendo excavar sus propias cisternas. El alma busca a Dios como el ciervo sediento busca la presencia del agua viva (Sal 42,2-3). El alma aparece así como una tierra seca y sedienta, orientada hacia el agua.

Jesús emplea también este simbolismo en su conversación con la samaritana (Jn 4.1-14), a quien se le revela como "agua viva" que puede saciar su sed de Dios. Él mismo se revela como la fuente de esa agua: *"Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba"* (Jn 7,37-38). Como de la roca de Moisés, el agua surge del costado traspasado por la lanza, símbolo de su naturaleza divina y del Bautismo (cf Jn 19,34).

Por este motivo, el agua se convirtió en el elemento natural del primer sacramento de la iniciación cristiana. Desde los primeros siglos del cristianismo, los cristianos adultos eran bautizados en una especie de pileta llena de agua que contaba con dos escaleras: por una se descendía y por otra se salía. La imagen de "bajar" a las aguas representaba el momento de la purificación de los pecados y estaba asociada a la muerte de Cristo.

La salida, subiendo por el lado opuesto, representaba el renacer a la nueva vida, como saliendo del vientre materno, y era asociado a la resurrección. En el centro se hacía la profesión de fe pública. Y esto significa que el agua del bautismo no es algo "mágico" -como piensan muchos creyentes- que protege o transforma por sí sola, sino la expresión de este doble compromiso: el de cambiar de vida muriendo al pecado y el de renovar la escala de valores, iluminados por Cristo, resucitados con Él.

MOCHILA

Después de la muerte de Jesús, los discípulos impulsados por un nuevo ardor, después de la Resurrección, salen con alegría a realizar su tarea misionera encomendada por el mismo Cristo. Dejan sus casas y pertenencias con tal de llevar el mensaje de Cristo y tratando de buscar nuevos discípulos para llevar el mensaje a todos los hermanos. Ellos con su nueva fe exclaman: “El Señor ha resucitado y está de nuevo entre nosotros”. La fe en Jesús lleva consigo el ser sus testigos. Los apóstoles pues, se convierten después del encuentro con Cristo en testigos fieles.

Estos testigos llevan consigo una gran ilusión acompañada de angustia y frustración, pero con la esperanza de llevar a los demás la Palabra salvadora, de aquí que Pablo exclama: “Sé en quién he puesto mi confianza y estoy seguro que no quedaré defraudado” (2 Tim 1, 12)

Todos los cristianos al igual que los discípulos anteriores, tenemos la tarea de llevar la Palabra a los demás desde nuestro propio sentimiento, llevando una relación sana y fructífera con ellos. Y por este anuncio de Jesucristo y su salvación, la vida de los hombres adquiere su verdadero sentido. La luz del Resucitado los ilumina para que den respuesta a las dudas y situaciones contradictorias que los angustian y encuentran en su camino. Como los apóstoles, María, Magdalena, Pablo de Tarso, los cristianos también reciben un fuerte llamado de Cristo que los envía: “Vayan a anunciarlo a mis hermanos”.

-Para reflexionar y guardarlo en el corazón

*A partir de la fe, los discípulos se convierten en testigos y pregoneros de una realidad nueva: “El Señor ha resucitado y está de nuevo entre nosotros”

*Hoy nosotros, con la fuerza del Espíritu Santo, estamos llamados a anunciar “lo que hemos visto y oído” en todos los ambientes de la sociedad.

1.- ¿Tenemos la conciencia clara de que todos los bautizados en la actualidad somos los testigos del Resucitado para este mundo de hoy, en qué se nota, en qué no se nota?

2.- ¿De qué manera los testigos del maestro en la actualidad damos a conocer la Resurrección de Jesucristo?

3.- ¿Qué le exigen los hombres de buena voluntad a los testigos del Resucitado en este tiempo y en este mundo para que sea creíble tal testimonio?

4.- ¿Cómo anunciar la Buena noticia en medio de “tantas malas noticias”?